

Ser personas de misericordia

Queridos amigos,

“Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre”. Así inicia el papa Francisco el anuncio del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, que inició en la Iglesia el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada Concepción.

¿Cómo pueden nuestras familias participar en el Jubileo de la Misericordia? La parábola del Buen Samaritano (Lucas 10:25-37) nos procura un excelente modelo de misericordia, que podemos emular todos nosotros.

En el relato, un viajero es asaltado, golpeado y dejado por muerto a la vera del camino. Dos personas de su propia comunidad pasan junto a él, pero no lo ayudan. Más tarde, un samaritano, un enemigo, lo mira y se detiene. Levanta al herido, lo lleva a una posada y paga para que lo cuiden.

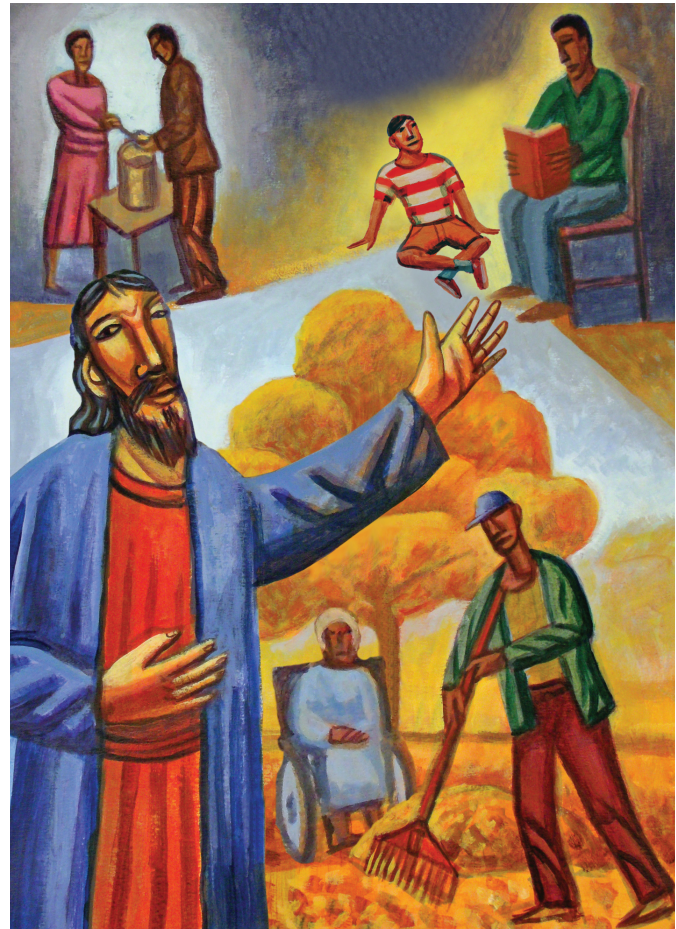
¿Qué aprendemos de esta parábola para transformarnos en personas de misericordia?

Pregunte a la familia a la hora de cenar: “¿Cuál es la gente que no queremos ver?”

Primero, como el samaritano, debemos mirar al que está necesitado de misericordia, de manera que su necesidad se nos introduzca en el corazón. No hace mucho, me tocó pasar junto a una mujer joven que estaba en una de las rampas de salida de la autopista. Ella sostenía un letrero solicitando dinero para pañales y otras necesidades. Una parte de mí dudaba: “¿Cómo sé que no va a usar el dinero para comprar drogas o alcohol?”. Le di algo de dinero con la esperanza de que su necesidad fuera real. A lo mejor, a usted también lo asaltan dudas para comprometerse con alguien necesitado.

Segundo, debemos permitirnos sentir la dificultad que está pasando la persona. El samaritano “lo vio y se compadeció”. Se concentró en la persona necesitada. Compadecerse es “padecer con”, sin esto, no se anda hacia la misericordia. Démonos cuenta de que a nuestro alrededor hay más personas de las que pensamos en dificultades, sólo que ¡nos molesta pensar en sus problemas o pesares!

Finalmente, para transformarnos en personas de misericordia hay que reaccionar. El samaritano se acerca al golpeado, vendar sus heridas, lo lleva consigo hasta dejarlo en un



La familia puede acordar qué hacer para solventar las necesidades de otras personas.

sitio seguro. El samaritano echa mano de sus recursos y ¡hace la diferencia! Pensemos en nuestra familia cómo podemos comprometernos en algunas iniciativas de apoyo social o de justicia en nuestra comunidad. ¿En cuál de los ministerios parroquiales podemos participar? ¿De qué maneras estamos sirviendo a los necesitados?

Pregunte a la familia a la hora de cenar: “¿Cuál es la gente que no queremos ver?”, “¿Qué podemos hacer en favor de los necesitados?”.

El profeta Miqueas lo dijo muy bien, hace miles de años: “Lo que el Señor desea de ti: que defiendas el derecho y ames la lealtad, y que seas humilde con tu Dios”.